

JESS LOUREY

LO INNOMBRABLE

*Un true crime que estremecerá
a los más valientes.*



CROSS
BOOKS

JESS LOUREY

LO INNOMBRABLE

CROSS
BOOKS

CROSSBOOKS, 2023
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Unspeakable Things*.

© del texto: Jess Lourey, 2020

La publicación de este libro ha sido posible gracias al acuerdo con Amazon Publishing, www.apub.com, en colaboración con Sandra Bruna Literary Agency.

Ilustraciones de Tony VanDenEinde de *Little Elephant Interactive*

© de la traducción: Verónica García Pérez, 2023

© Editorial Planeta S. A., 2023

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: abril de 2023

ISBN: 978-84-08-26671-6

Depósito legal: B. 5305-2023

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Capítulo 1

—Quince son dos, otros quince, cuatro, y un par hacen seis
—sonrió Sephie.

Papá le devolvió el gesto desde el otro lado de la mesa.

—Buena mano. ¿Cass?

Yo dejé mis cartas sobre el tapete, intentando contener la emoción sin demasiado éxito.

—Quince, dos; quince, cuatro; quince, seis, y una escalera hacen diez.

Mamá movió nuestra ficha.

—Ganamos nosotras.

Hice un baile con los hombros.

—Te puedo dar clases si quieres, Sephie.

Mi hermana puso los ojos en blanco.

—¿De falta de deportividad?

Me reí y cogí más palomitas. Hacía una hora, cuando habíamos empezado la noche de juegos, mamá había preparado un montón, supersaladas y con mogollón de levadura de cerveza. El bol se estaba vaciando, ya solo quedaban las que no habían explotado. Rebusqué las que tenían algo de blanco. Las que solo reventaban a medias valen su peso en oro.

—¿Te lo relleno? —preguntó papá, señalando el vaso me-

dio lleno de mi madre, que sudaba condensación en el ambiente sofocante de mayo.

El verano se había adelantado ese año, o al menos eso decía mi profesor de Biología, el señor Patterson. Eso no sería bueno para la cosecha. A él parecía molestarle mucho; en cambio, yo estaba emocionadísima con la perspectiva de unas vacaciones calurosas. Sephie y yo nos íbamos a poner morenas como suelas de zapato y habíamos planeado teñirnos el pelo de rubio. Una amiga de una amiga le había contado que si te echabas aceite para bebés en la piel y vinagre aguado en el pelo obtenías el mismo resultado que con los productos más caros del mercado. Hasta habíamos hablado de ir a un lugar apartado en el bosque, en el extremo de nuestra finca, junto a la acequia, para tomar el sol desnudas. Solo de pensarlo me daban escalofríos. A los chicos no les gustan las marcas. Lo había visto en *Faldas revoltosas*.

Mamá levantó el vaso y vació su contenido para después dárselo a papá.

—Gracias, cariño.

Él se levantó, se acercó a ella y le dio un beso antes de cogerle el vaso. Ahora fui yo quien puso los ojos en blanco. Mamá y papá, aunque mayormente él, intentaban convencernos de que teníamos suerte de que siguiesen tan enamorados; pero qué asco.

Cuando se apartó de mamá, papá nos vio la cara. Emitió su risita característica en la que solo expulsaba aire, sin sonido, y dejó ambos vasos para poder masajear los hombros de nuestra madre. La gente solía comentar que hacían buena pareja. Mamá había sido muy guapa, lo que se podía comprobar en todas las fotos borrosas que le habían sacado a lo largo de su vida, y aún tenía un lustroso pelo castaño y ojos grandes; no obstante, gestarnos a Sephie y a mí había rellenado sus caderas y su vientre. Papá también era atractivo, un

poco a lo Charles Bronson. Era evidente por qué habían acabado juntos, sobre todo cuando mamá se tomaba un vaso de vino y empezaba a parlotear sobre que siempre la habían atraído los chicos malos, incluso en el instituto.

Mi familia era pequeña: estaba compuesta por mi madre, la tía Jin, mi hermana mayor, Persephone (se ve que les gustaban los nombres griegos) y mi padre. No conocía a la rama paterna de la familia. No valían ni para caldo, como le dijo mi abuelo materno a mi abuela en el invierno en el que murió de un ataque al corazón fulminante. Ella no lo contradijo. Siempre fue una mujer dócil que olía a pan recién hecho en todo momento. Unas semanas más tarde, ella misma falleció de una apoplejía, que parece una marca de desinfectante, pero no.

Tuve un tío por parte de madre que murió cuando yo tenía tres años. Según parece, era bastante salvaje. La causa de la muerte fue demostrarles a unos amigos quién era el más gallito. Iba conduciendo un Camaro del 79, probablemente bebido, o eso se dice por ahí. Lo único que recuerdo del tío Richard es que en su funeral Jin lloraba, pero mamá mucho más, y se acercó a mi abuelo para abrazarlo. Él se apartó y la dejó plantada, más triste que un bebé perdido.

Le pregunté en una ocasión por qué el abuelo no había querido abrazarla, pero me respondió que yo era demasiado pequeña como para acordarme del funeral de Rich y que no debíamos remover el pasado.

—Creo que vuestra madre es la mujer más hermosa del mundo —comentó entonces papá, mientras continuaba masajéandole los hombros.

Ella tenía los ojos cerrados y una expresión de gozo en la cara.

—Me parece estupendo —dije—, pero estas cosas mejor hacédlas en privado.

Papá hizo un gesto para indicar todo a su alrededor. Su sonrisa se torció un poco.

—Estoy en la intimidad de mi propia casa. A lo mejor deberías relajarte un poco. ¿Te doy un masaje a ti?

Miré a Sephie. Estaba jugueteando con una de las cartas.

—No, gracias —respondí.

—¿Sephie? ¿Tienes las cervicales tensas?

Ella se encogió de hombros.

—¡Así me gusta!

Se puso detrás de ella y posó las manos en sus hombros escuálidos. Era dos años mayor que yo, pero estaba delgadísima. No importaba cuánto comiese, era todo dientes y hoyuelos, la viva imagen de Kristy McNichol, aunque preferiría comerme mi propio pelo antes que confesarle que les veía algún parecido.

Papá empezó a masajear a Sephie.

—Qué bien sienta sentirse bien —le murmuró.

Eso me provocó urticaria.

—¿Echamos otra partida de *cribbage*?

—En un rato —dijo papá—. Primero, quiero que me contéis vuestros sueños de verano.

Yo me quejé. Papá era un obseso de los sueños. Creía que podías ser lo que te propusieras, pero primero tenías que «verlo». Todo muy *hippy*, pero ya estábamos acostumbradas. Sephie y yo intercambiamos una mirada. Sabíamos, sin tener que decirlo, que papá no aprobaría nuestros planes de volvernos rubias. «No debéis cambiar por nadie», nos diría. Debíamos ser las dueñas de nuestras propias mentes y de nuestros propios cuerpos.

De nuevo, qué asco.

—Quiero visitar a la tía Jin —propuse.

Mamá estaba medio grogui, pero sus ojos se abrieron como platos cuando oyó el nombre de su hermana.

—¡Qué buen plan! Podemos ir a Canadá una semana.

—Excelente —afirmó papá.

Sentí mariposas en el estómago. Casi nunca viajábamos, lo más lejos que íbamos era a St. Cloud al supermercado, pero desde que mamá había conseguido un trabajo a tiempo completo como profesora, se había puesto sobre la mesa la posibilidad de hacer un viaje por carretera durante el verano. Aun así, temí sugerir la visita a la tía Jin. Si mis padres hubiesen estado de mal humor, se habrían negado en redondo y jamás habría podido proponerlo de nuevo. Y yo tenía muchas ganas de ver a la tía Jin. La quería con locura.

Ella era la única que no pretendía que yo fuese normal.

Estaba presente cuando nací, se quedó con nosotros unas semanas para echarle una mano a mamá, pero mi primer recuerdo de ella tiene lugar unas semanas después del funeral del tío Richard. Jin es diez años más joven que mamá, así que en aquel entonces no tendría más de diecisiete. La pillé mirándome a la garganta, cosa que hace mucha gente.

En lugar de desviar la mirada, sonrió y dijo:

—Si hubieses nacido hace doscientos años, te habrían ahogado.

Se refería a la cicatriz que rodea mi cuello, en el lugar donde este se une a los hombros. Es roja y fibrosa, tan ancha como las cadenas que lleva M. A. Al parecer, salí del vientre de mi madre con el cordón umbilical enredado alrededor de la garganta. Mi cuerpo estaba azul como un pitufo, los ojos abiertos como platos y no respiraba. Salí tan rápido que el médico no pudo ni cogerme.

O al menos eso me han contado.

Me quedé colgando como una albondiguilla hasta que una de las enfermeras me liberó del cordón. Entonces, descubrió que una brida amniótica me estaba estrangulando. La enfermera reaccionó rápidamente, la cortó y me azotó hasta que

lloré. Me salvó la vida, pero la brida me marcó. Mamá dijo que, al principio, la marca parecía una serpiente escarlata enfadada. Qué dramático. En fin, sospecho que la enfermera estaba algo nerviosa cuando me entregó a mi madre. No es que el parto hubiese sido un caminito de rosas. Además, se acababa de estrenar *La semilla del diablo* e imagino que tuvo que levantar ciertas sospechas el hecho de que hubiese salido propulsada de aquella manera.

—Se habría considerado mal fario mantener con vida a un bebé cuya madre había intentado estrangular dos veces —concluyó la tía Jin, con un golpecito cariñoso en mi barbilla.

Decidí que era gracioso porque mi madre era su hermana y ambas me querían.

Y otro dicho loco que la tía Jin me soltó un día:

—La Tierra. Si sabes lo que haces, estás donde no debes.

Subió y bajó sus pobladas cejas y golpeó un puro imaginario. No sabía de dónde había sacado ese gesto, pero se rio tan fuerte, con una carcajada que sonaba como canicas lanzadas al sol, que me tuve que reír con ella.

Así empezaban todas las visitas de la tía Jin: soltaba la broma sobre ahogarme, alguna cita trascendental y luego bailábamos y cantábamos al son de sus cintas de Survivor y Johnny Cougar. Parloteaba sobre sus viajes y me dejaba probar el licor de color miel que había traído de contrabando de Ámsterdam o me ofrecía galletas de esas que le gustaban tanto y que yo hacía ver que no sabían a nada, como si llevasen meses caducadas. Sephie ansiaba unirse a nosotras, la veía al margen, pero nunca supo cómo subirse al tren de la tía Jin.

Yo sí.

Jin y yo éramos uña y carne.

Por eso no me importaba que papá quisiese más a Sephie que a mí.

Arrugué la nariz. Se estaba esmerando demasiado en ese masaje. Mamá había ido a rellenar sus vasos, aunque se había ofrecido él a hacerlo, porque llevaba mucho rato masajeando los hombros de Sephie.

—Sephie —intervine, porque ella tenía los ojos cerrados y yo ya no lo soportaba más—, ¿cuál es tu sueño de verano?

Ella habló en voz baja, casi en un susurro.

—Quiero trabajar en el Dairy Queen.

Las manos de papá se detuvieron. Una mirada que no supe identificar se instaló en sus ojos; y yo que creía que había memorizado todas sus expresiones... Casi de inmediato la cambió por una sonrisa burlona que elevó su barba medio centímetro.

—¡Estupendo! Así podrás ahorrar para la universidad.

Sephie asintió con la cabeza, pero de repente parecía muy triste. Desde diciembre era todo cambios de humor y misterio. Su temperamento se había modificado cuando le habían salido las tetas («¡Papá Noel por fin leyó tu carta!», la chinchaba yo), por lo que no había que ser muy avispada para darse cuenta de que ambos hechos estaban conectados.

Mamá volvió al comedor con un vaso en cada mano; mi padre copaba toda su atención.

—¿Otra partida de *cribbage*?

Me incliné hacia atrás para mirar el reloj de la cocina. Eran las diez y media. Todos mis amigos me envidiaban por no tener una hora fija para irme a la cama. Imagino que con razón. Al día siguiente comenzaba la última semana del curso. Ese año terminaría séptimo.

—Yo me voy a la cama. Podéis jugar los tres.

Mamá asintió.

—Que no te coman las chinches —dijo papá.

No miré a Sephie cuando pasé a su lado para marcharme. Me sentí mal por dejarla sola con ellos cuando estaban be-

biendo, pero lo consideré un desquite por dormirse siempre la primera cuando nos quedábamos solas en casa, en la época en la que a veces dormíamos juntas. Me dejaba meterme en su cama, lo que era de agradecer, pero luego se quedaba como un tronco y yo permanecía agonizando con cada sonido, y en una casa tan vieja como la nuestra, había muchos ruidos y crujidos inexplicables durante la noche. Cuando por fin me dormía, con la manta hasta las orejas, le daba un espasmo del sueño y me despertaba otra vez.

No fui capaz de recordar cuándo había sido la última vez que dormimos en la misma cama, por mucho que lo intenté mientras me dirigía al baño. Me lavé la cara, alargué la mano en busca del cepillo de dientes y planeé en mi mente la ropa que iba a ponerme al día siguiente. Si me levantaba tres cuartos de hora antes, podría usar los rulos, pero no se los había pedido a Saphie y ya le había dado las buenas noches. Me lavé los dientes, escupí y me enjuagué con la misma agua metálica del pozo que me había coloreado las puntas del pelo de naranja.

No podía llegar a mi cuarto, que estaba en el piso de arriba, sin pasar por una esquina del comedor. Clavé los ojos en el suelo, alcé los hombros hasta las orejas y me zambullí en mis pensamientos. Los deberes estaban listos, las carpetas, organizadas en mi archivador de segunda mano que estaba como nuevo, excepto por la raja que tenía cerca del borde, cubierta con celo.

A primera hora se suponía que teníamos Inglés, pero nos habían indicado a todos los alumnos de la escuela que fuésemos directamente al gimnasio para una presentación. En los pósteres que habían pegado por todas partes se decía que era un Simposio de Seguridad Estival. Algunos listillos de octavo lo habían bautizado como Simposio de Serpientes, porque el nombre tenía muchas eses. Había oído rumores sobre

que algunos chicos de Lilydale desaparecían y luego regresaban cambiados. Como todo el mundo. Los mayores en el autobús opinaban que unos alienígenas abducían a los chavales y les metían sondas por ciertas partes del cuerpo.

Yo sabía mucho de extraterrestres. Mientras esperaba en la cola de la caja del supermercado, las criaturas verdes de ojos grandes me miraban desde la portada del *National Enquirer*, justo debajo del bebé mono vampiro de Elizabeth Taylor.

Claro. Alienígenas.

Con el simposio lo que probablemente querían era acallar los rumores, pero a mí no me parecía buena idea organizarlo ahora. Romper la rutina —y en la última semana del curso nada menos— iba a alterar mucho los ánimos.

Estaba a medio camino de la escalera cuando escuché un golpe que hizo que se me erizase la pelusilla de la nuca. Parecía provenir de abajo, del sótano. Era un ruido nuevo.

Mamá, papá y Sephie debieron de oírlo también, porque dejaron de hablar.

—Estas casas viejas... —dijo papá con un tono inquietante.

Subí corriendo el resto de la escalera y atravesé el pasillo a toda velocidad. Después, cerré la puerta de mi cuarto y me puse el pijama. Tiré la camiseta y los pantalones cortos de felpa en el cesto de la ropa sucia antes de poner el despertador. Decidí usar los rulos. Sephie no se los había pedido y, ¿quién sabía?, a lo mejor me sentaba al lado de Gabriel en el simposio. Tenía que estar radiante.

Estaba agotada, pero el libro *Nellie Bly. Créetelo o no* me miraba desde lo alto de la estantería. La tía Jin me lo había enviado como regalo de cumpleaños adelantado. Estaba lleno de historias fantásticas y de dibujos. Un relato hablaba de Martin J. Spalding, un profesor de Matemáticas de catorce años, y otro, de Antonia la Hermosa, «la mujer infeliz a la que el amor siempre le traía la muerte».

Llevaba tiempo paladeando las historias, leyendo solo una cada noche para que me durasen más. Le había confesado a Jin que me gustaría ser escritora. Alcanzar esa meta requería práctica y disciplina. No importaba lo cansada que estuviese, tenía que estudiar la Nellie de la noche.

Abrí el libro en una página al azar y mi mirada se dirigió instantáneamente al dibujo de un orgulloso pastor alemán.

Nellie Bly ~ ¡Créetelo o no!

¡EL PERRO QUE DIO LA VUELTA
AL MUNDO EN 30 DÍAS!

COACH ES UN PASTOR ALEMÁN AL QUE
DEJARON ATRÁS CUANDO SU FAMILIA
TUVO QUE ESCAPAR DE ALEMANIA DURANTE
LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL.

IMAGINA LA SORPRESA DE SUS DUEÑOS
CUANDO COACH APARECIÓ EN SU CASA DE
CALIFORNIA, EN LA OTRA PUNTA DEL MUNDO!

SE DICE QUE SE COLÓ EN UN BARCO DE
MERCANCÍAS QUE LO AYUDÓ A ATRAVESAR
EL OCEANO Y QUE DESPUÉS HIZO
EL RESTO DEL VIAJE ÉL SOLO.

¡ESTE SÍ QUE ES EL MEJOR AMIGO DEL HOMBRE!



Sonreí satisfecha. Podía escribir algo así. Mi plan era comenzar un borrador de Nellie cada semana en cuanto se terminasen las clases. Ya había escrito un contrato, titulado *Tarea de Escritura Estival de Cassie*, que incluía un plan para hacer llegar mi obra a Nellie Bly International Limited antes del Día del Trabajo y una penalización (nada de tele durante una semana) si no cumplía los plazos. Sephie actuó como testigo en la firma.

Puse el libro de enormes cubiertas amarillas en la estantería y me estiré, cuestionando a mis músculos. ¿Les apetecía

dormir estirados debajo de la cama o acurrucados en el armario?

«Estirados», respondieron.

Muy bien. Cogí una almohada y la colcha de mi cama y metí la almohada primero bajo el colchón. Después me deslicé yo, tumbada boca arriba, y arrastré la colcha tras de mí. Tuve que esforzarme para llegar a la esquina más alejada. La luna rociaba luz suficiente al interior de mi habitación como para distinguir los muelles que tenía encima.

Fue lo último que vi antes de quedarme dormida.